

La caridad y la humildad en las Moradas Quinta y Sexta del libro *El Castillo Interior* de santa Teresa de Jesús

Ángeles Conde

Licenciada en teología espiritual.

Introducción

Adentrarse en el libro de *El Castillo Interior* de santa Teresa de Jesús es empresa razonablemente accesible al inicio, pero a medida que avanzan las moradas, y el lector acompaña al alma por las estancias contemplativas, se introduce con ella en la progresiva oscuridad, en la perplejidad de lo desconocido, en la impotencia de lo pasivo, donde nada avanza «a fuerza de brazos», nada progresa si no es, más bien, «a fuerza de amor». Una vez explorado desde esta perspectiva, la del amor, el espacio se torna claroscuro, y dejando a un lado los actos de contemplación mística, gracias *gratis datae* a algunas –no todas- de las almas, especialmente entre aquellas que entran en las últimas moradas, es posible el estudio y la comprensión de cuanto se sigue leyendo acerca de las cimas de la vida y del estado místico.

Sin embargo, se pregunta uno, ¿por qué leerlo? Podría ser para comprenderse a sí mismo, en el caso de que se halle en una situación mística de tal nivel, cosa a decir de Teresa, bien posible aunque poco frecuente. Pero el común de los lectores se acerca al texto más bien por otros objetivos. Dejando a un lado el meramente especulativo, que en la teología espiritual, aunque posible, sería bien pobre o como mínimo insuficiente, ¿cuáles podrían ser los otros? Sustancialmente: comprender –en orden a vivir o a aconsejar- qué ha de hacer «activamente» el alma que se adentra en estas moradas, es decir, qué le toca poner de su parte, y comprender asimismo de qué manera el director espiritual, el confesor e incluso quien ejerce algún cargo de autoridad si se trata de un alma consagrada –Teresa no deja de dar consejos a las «prioras» de estas almas- pueden acompañarlas o guiarlas.

Con el análisis más bien sintético de cuanto Teresa de Jesús dice acerca de las virtudes de la humildad y de la caridad en las últimas tres moradas de

El Castillo Interior, nos proponemos mostrar cómo estas virtudes, esenciales en el camino espiritual de todo cristiano, son precisamente aquellas que hacen crecer, garantizan y sostienen el edificio de la santidad al aproximarse el alma a la unión con Dios.

I. Quinta Morada

«Siempre se entiende que [el alma] ha de procurar ir adelante en el servicio de nuestro Señor y en el conocimiento propio...»¹. Con esta premisa, insiste Teresa en que no se descuide el alma en el cumplimiento de los mandamientos, y añade:

Tengo para mí que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande, sino que ya que no se aproveche de ella para sí, aproveche a otros. Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien, siempre hace provecho a otras almas y de su calor les pega calor; y aún cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otros y gusta de dar a entender las mercedes que Dios hace a quien le ama y sirve².

Dios concede sus gracias, en este momento, para el provecho de los demás. Teresa está aquí comentando una gracia de unión simple, pero más adelante aclarará que cuanto importa es la unión de voluntades, abandonando la propia en la de Dios. Comenta asimismo cómo impiden esta total unión «unos gusanos que no se dan a entender» y que «nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos»³.

Las quintas moradas son las moradas de la fusión de voluntades. El momento de la primera unión —la de la voluntad, unión simple— con Dios, que opera una real transformación en el alma, como la del gusano de seda. La virtud guía, por tanto, será la obediencia⁴. Pero al explicar en qué consiste la obediencia a la voluntad de Dios, dónde encontrarla, cuál es la disposi-

¹ 5M, III, 1, 516. El texto está tomado de SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, edición manual, transcripción, introducciones y notas de Efrén de la Madre de Dios, O.C.D., y Otger Steggink, O.Carm., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997⁹. Dado que este trabajo ha utilizado como única fuente bibliográfica el libro de *El Castillo Interior* de santa Teresa, todas las citaciones, excepto las bíblicas, siguen este criterio: Número de Morada, M, número de capítulo, número de párrafo dentro del capítulo, página.

² 5M, III, 1, 516.

³ 5M, III, 2, 517.

⁴ Cf. 5M, III, 2, 516.

ción del alma que abraza sin reservas la voluntad de Dios, Teresa huye de heroicidades que a veces podrían estar forzadas por las circunstancias y se encuentran al alcance del esfuerzo humano —las hacían los «filósofos», dice— y concreta el camino de la unión en lo pequeño y cotidiano del amor a Dios y al prójimo:

No penséis que está la cosa en, si se muere mi padre u hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción, porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud. ¡Cuántas cosas de éstas hacían los filósofos [...]! *Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo; es en lo que hemos de trabajar*⁵. Guardándolas con perfección hacemos su voluntad y así estaremos unidos con Él⁶.

Obras de amor. Caridad operante. La quinta morada despierta al apóstol. Pues sólo de la caridad divina puede brotar el amor a los hermanos, «que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, no llegaremos a tener con perfección el del prójimo»⁷. Y enseguida se desliza el tema a la virtud de la humildad, a la pureza de intención, esta vez en el campo de la oración, en la que tal vez el alma se encapota pensándose «muy elevada», o se enardece en deseos de dar la vida por la salvación de una sola alma, y luego... «si no vienen después conformes las obras; no hay para qué creer que lo haremos»⁸.

Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que, si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester lo ayunes porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello⁹.

Caridad y humildad son inseparables. Y así, a renglón seguido, continúa la Santa:

Esta es la verdadera unión con Su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es; que, si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y

⁵ La cursiva es mía.

⁶ 5M, III, 7, 518.

⁷ 5M, III, 9, 518.

⁸ 5M, III, 9, 518.

⁹ 5M, III, 11, 519.

cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla¹⁰.

Sin estas dos virtudes, Teresa considera que no se llega a ninguna parte en la vida espiritual, y así encarece a las hermanas a «pedir a nuestro Señor que os dé con perfección este amor al prójimo», y a forzar su voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, olvidando el propio bien por el de ellas aunque haya de contradecirse mucho la propia naturaleza, y por fin a «procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere». Les advierte, eso sí, que no piensen que esto no cuesta o que se lo encontrarán hecho, y por ello las invita a contemplar el amor del Esposo divino en la cruz, donde «por librarnos de la muerte la murió»¹¹.

Santa Teresa avisa a las almas que han llegado a esta morada que no se confíen, pues el demonio puede todavía entrar hasta en el más desierto de los desiertos y el más encerrado de los encerramientos, y ganarlas para sí alejándolas poco a poco de la Santísima Voluntad de Dios y apejándolas imperceptiblemente a la voluntad propia; tanto más lamentable cuanto que a estas alturas del camino y no en los principios, esta alma adelantada, en su caída, arrastrará o siquiera dañará a otras personas¹². Y por eso vuelve a señalar que lo más seguro y cierto, después de pedir a Dios en la oración que no nos deje, pues si lo hiciera nos precipitaríamos «en lo profundo», es prestar continua atención a cómo vamos,

si vamos mejorando o disminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia o la pérdida¹³.

El amor ha de crecer continuamente, «que el amor jamás está ocioso», «porque alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios [...] no se ha de echar a dormir»¹⁴.

La quinta morada se caracterizará, pues, por una caridad hecha servicio y obras de apostolado, y una humildad cuyo ejercicio continuo será el de despojarse del amor propio para zambullirse, especialmente por medio de la obediencia, en la Santísima Voluntad de Dios, y el de la pureza de intención en cuanto hace.

¹⁰ 5M, III, 11, 519.

¹¹ Cf. 5M, III, 12, 519.

¹² Cf. 5M, IV, 8, 522.

¹³ 5M, IV, 9, 522.

¹⁴ 5M, IV, 10, 522.

II. Sexta Morada

Adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo
y procura más lugar para estar sola
y quitar todo lo que puede, conforme a su estado,
que la puede esta robar de esta soledad¹⁵.

1. Humildad

Es muy conocida y socorridamente usada la afirmación de santa Teresa: «la humildad es la verdad». Curiosamente, sin embargo, suele utilizarse con un sentido incompleto, casi falseado, pues esta cita es sólo la mitad de la frase que Teresa verdaderamente dijo al respecto. La encontramos en el libro del *Castillo Interior*, precisamente en la sexta morada. Veamos la citación completa:

Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante —a mi parecer sin considerarlo, sino de presto— esto: que es porque Dios es suma Verdad y *la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira*¹⁶. A quien más lo entiende, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga más merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén¹⁷.

Cierto es, entonces, que Teresa afirma que el propio conocimiento, en el que encontramos la verdad sobre nosotros mismos, es el camino de la humildad. Afirma también, sin embargo que, si conociéndonos a nosotros mismos no encontramos que nada de lo que somos o tenemos de bueno viene de nosotros mismos, y que por nosotros mismos no somos ni tenemos más que miseria y nada, o somos unos mentirosos, o andamos por la vida deplorablemente engañados. De ahí que, pocas líneas antes, Teresa recomienda a sus hijas espirituales que, para conformarse con su Esposo divino, anden siempre en verdad «delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéremos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro», las invita también a tener en poco el «mundo» -usando

¹⁵ 6M, I, 1, 524.

¹⁶ La cursiva es mía.

¹⁷ 6M, X, 8, 562.

el término en su acepción joánica- «que es todo mentira y falsedad y como tal no es durable»¹⁸.

A lo largo de los capítulos de estas sextas moradas, y como una ayuda-guía para uno mismo que pueda dar lineamientos para el discernimiento, encontramos una serie de consejos y reflexiones que conducen directamente al ejercicio de la humildad, la implican, o ayudan a su desarrollo.

1- Ante las *murmuraciones*, Teresa explica por qué al principio son de más tormento al alma pero posteriormente «... como el alma ve claro que si tiene algún bien es dado de Dios y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vio muy pobre y metida en grandes pecados»¹⁹ le resulta más fácil sobrellevarlo, por estas razones, que de alguna manera «aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque casi siempre se siente alguna»²⁰:

- a) Porque la experiencia le hace ver que tan pronto dicen bien como mal «y así no hace más caso de lo uno que de lo otro».
- b) Porque ve más claro, Dios le ha dado mayor luz para saber que nada es bueno por sí sino dado por Él, y por tanto contempla la obra de Dios en sí misma como si de tercera persona se tratase y no puede más que alabar a Dios por ello.
- c) Porque al ver que hay personas que sacan fruto al ver lo que Dios ha hecho por ella, piensa que Él usa este medio de que la tengan por buena para hacerles el bien.
- d) Porque como ya la gloria de Dios va por encima de la propia, no tiene en ella mayor importancia si le añaden o quitan honra, con tal de que Él sea alabado²¹.

2- La *incomprensión* de los confesores (o de los directores espirituales, podríamos añadir nosotros). «La pobre alma que anda con el mismo temor y va al confesor como a juez y ése la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbación»²².

3- El *temor de engañarse*. Pues las gracias especiales, si las hay, durante las cuales no puede dudar el espíritu sea de Dios —y si se lo niega el confesor, la turbación es mayor— pasan, y la mayor parte del tiempo queda el conocimiento personal claramente ante sus ojos, que le recuerda sus miserias, lo que le causa gran confusión. «Aunque cuando Su Majestad les hace la

¹⁸ 6M, X, 7, 562.

¹⁹ 6M, I, 5, 525.

²⁰ 6M, I, 6, 525.

²¹ Cf. 6M, I, 5, 525.

²² 6M, I, 8, 526.

merced, están siguras y no pueden creer ser otro espíritu sino de Dios, como es cosa que pasa de presto y el acuerdo de los pecados se está siempre y ve en sí faltas – que éstas nunca faltan- luego viene este tormento»²³. Teme, además, no saber expresarse, y estar engañando al confesor. Y por más que se examina para ver si lo estará diciendo todo tal cual lo experimente, es tal su oscuridad que no alcanza a ver la verdad. Aquí el Señor da licencia al demonio para que la pruebe- dice la Santa- representándole imaginaciones y pensamientos («desatinos») penosísimos, hasta el punto, a veces, de hacerle pensar que «está reprobada por Dios»²⁴, lo que es pena comparable al infierno, ya que «ningún consuelo se admite en esta tempestad».

4- Como efecto en el alma, precisamente, de las mismas *gracias* «*gratis datae*», si le son dadas, tales como locuciones, visiones imaginarias o intelectuales, arrobamientos, raptos o vuelo del espíritu, dado que los efectos citados por Teresa son:

- a) Conocimiento de la grandeza de Dios, «porque mientras más cosas viéremos della, más se nos da a entender»²⁵.
- b) «Propio conocimiento y humildad, de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender, ni osa mirarle»²⁶. De hecho, como dice Teresa, «el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios»²⁷. Sirva esto de señal: «Tengo yo para mí que, hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará»²⁸.
- c) «Tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios»²⁹.

La gracia la acompaña -«pues con toda esta tormenta no ofende a Dios, ni le ofendería por cosa de la tierra»-, pero «está tan escondida que ni aún una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algún bien u su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada y que fue antojo; los pecados ve cierto que los hizo»³⁰. Duda, pues. Duda de si ha hecho algún bien. Duda de

²³ 6M, I, 8, 526.

²⁴ 6M, I,9, 527.

²⁵ 6M, VI, 10, 543.

²⁶ 6M, VI, 10, 543.

²⁷ 6M, VII, 1, 547.

²⁸ 6M, VII, 1, 547.

²⁹ 6M, Cf. V, 10, 543.

³⁰ 6M, I, 11, 527.

si ama. No recuerda, le parece «un sueño», una quimera, las muestras del amor que Dios le ha tenido, le parece habérselo inventado, no experimenta pues ya ni siquiera eco alguno del amor de Dios a su alma. El alma se siente desamparada, y ningún consuelo de la tierra le aporta algún alivio³¹. «Y así, por mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver»³². Puede entonces imaginarse el estado de esta alma, que sólo parece recordar que es pecadora, y a diario palpa sus muchas miserias, no logrando vencer el «desabrimiento», llamémoslo mal humor, desgana, abulia, reacciones primarias, «mala condición»; que en la oración cuando reza no halla el más mínimo aprovechamiento —que conscientemente pueda recoger, o sirva para su consuelo, aclara Teresa- y que en relación con los demás o con el mundo, el mismo «no saber poner nombre» a lo que le pasa, y la naturaleza misma de la prueba, la hacen experimentarse desvalida, sola, «desamparada», impotente. . . .

En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora, con una palabra sola suya u una ocasión que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo³³.

5- La ayuda del *director espiritual o confesor y de la «priora» o superior religioso* en caso de ser una persona consagrada:

- a) El alma, especialmente en casos en que haya recibido alguna gracia o gracias de contemplación mística, ha de procurar, siempre que sea posible, consultar o aconsejarse con un confesor o director espiritual «letrado», evitando con discreción y reserva hacerlo con otras personas. Se entiende que a esta misma discreción y reserva está habitualmente «la priora» obligada por oficio³⁴.
- b) La priora ha de cuidarse de valorar o despreciar a la persona por el tener o no tener favores místicos; si ha de ver algo, ve a las virtudes, a la vida, a la humildad y pureza de vida y de conciencia, y si puede no juzgar, no juzgue, que después de todo, a decir de Teresa, sólo a Dios se reserva el juicio: «que no piense que por tener una hermana cosas semejantes es mejor que las otras.

Lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si se ayuda; mas a veces lleva Dios por este camino

³¹ 6M, I, 12, 527.

³² 6M, I, 13, 528.

³³ 6M, I, 10, 527.

³⁴ Cf. 6M, VIII, 9, 555.

a las más flacas, y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a nuestro Señor, que ésa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber acá hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender. Sea por siempre, alabado, amén³⁵.

De cuanto Teresa expone se deduce que mayor daño podría hacer al alma la excesiva valoración de particulares gracias de contemplación o simplemente de sus reales virtudes por parte de sus superiores, que el desprecio o incompreensión de quienes la dirigen, que en todo caso la harán sufrir, pero siquiera no constituirán peligro o engaño posible, pues en estos casos, la vida ha de mostrar que el alma va segura, y de hecho así es, si va asida de Dios y trae el pensamiento continuamente en Él³⁶. Ambos, sin embargo, son extremos a evitar. El alma atribulada de las sextas moradas necesita más bien el acompañamiento sereno, sencillo, a un tiempo cálido y respetuoso, conforto y vela, de quienes la tienen a su cargo.

6- Las gracias de contemplación mística, si se dan, o aunque no se den, siquiera la conciencia del propio estado espiritual —que puede bien darse— no constituyen tentación de vanidad espiritual para esta alma, que más bien piensa ser la que menos sirve a Dios pues le parece «estar más obligada a ello que ninguno y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas, y con muy grande razón»³⁷.

2. Caridad

En medio de la tormenta, de la noche propia de esta etapa, del «desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver», porque por mucho que se esfuerce no sabe qué hacer consigo misma esta alma probada en todo, existe un remedio, el mejor —dice Teresa, y aclara:- no para que se le quite la pena «que yo no le hallo» sino para que la pueda sufrir, es «entender en obras de caridad y exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en él esperan»³⁸.

En otro lugar dice también:

No pensemos que está todo hecho en llorando, mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes —que son las que nos han de ha-

³⁵ 6M, VIII, 10, 555.

³⁶ Cf. 6M, VIII, 7-10, 554-555.

³⁷ 6M, VIII, 6, 554.

³⁸ Cf. 6M, I,13, 527-528.

cer al caso- y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. [...] Por eso, hermanas, tengo por mejor que nos pongamos delante del señor y miremos su misericordia y grandeza y nuestra bajeza, y dénos Él lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad; Él sabe mejor lo que nos conviene; y con esto andaremos descansadas y el demonio no tendrá tanto lugar de hacernos trampantojos³⁹.

Y Dios no falta, efectivamente, a sus amigos. Habla Teresa de varias experiencias de actos de contemplación mística a lo largo de su exposición sobre esta morada. Menciona, por ejemplo, un fuego de amor interior que la abrasa de deseo de Dios, «herida sabrosísima» de la que jamás quisiera sanar, aunque no sepa «cómo ni quién la hirió». La pena de escuchar el silbo del Esposo desde el centro del castillo, y cuando la saeta de amor que es la centella, la chispa que salta del brasero, saca de sus entrañas el que las hiere, parece que se las lleva consigo, «tal es el sentimiento de amor»⁴⁰. De esta manera intermitente, el alma queda con gran deseo de volver a sufrir tal dolor sabroso, que sabe que es de Dios, pues cuando ya se iba a inflammar, muere la centella. Las potencias no están aquí embebecidas sino preguntándose qué podrá ser, aún sabiendo que es Dios⁴¹. También puede consistir en —estando en oración, incluso vocal, y «con descuido de cosa interior», viene una especie de «inflamación interior» con la que se le da a sentir la presencia del Esposo, que «la mueve a un deseo sabroso de gozar el alma de Él, y con esto queda dispuesta para hacer grandes actos y alabanzas a nuestro Señor»⁴². En este caso no hay cosa que dé pena, ni siquiera los deseos de gozar de Dios; «esto es más ordinario sentirlo el alma»⁴³. El amor de Dios no puede no crecer en estos momentos de profundo encuentro. Señales que dan seguridad de ello y pueden ayudar al discernimiento:

1-El demonio no sabe dar pena sabrosa como ésta: «juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad; que todos sus poderes están por las adefueras...»⁴⁴.

³⁹ 6M, VI, 9, 546.

⁴⁰ Cf. 6M, II, 2-4, 529.

⁴¹ Cf. 6M, II, 5, 530.

⁴² Cf. 6M, II, 8, 531.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ 6M, II, 6, 530.

2-«Esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear»⁴⁵. No viene, por ejemplo, como en la melancolía, de la imaginación. «Estotro procede de lo interior del alma»⁴⁶.

3-«Por los grandes provechos que quedan en el alma»... determinarse a padecer por Dios, a apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, desear trabajos y cosas semejantes.

Caridad divina ligada, como siempre, a la humildad. Sea como sea, y por subida que sea la oración, Teresa insiste de nuevo en que no han de abandonarse la contemplación de la Sacratísima Humanidad de Jesús, en sus misterios, en su Pasión, o a la Santísima Virgen o a los santos. Se pregunta qué pasa, por qué el alma dice que no puede o no desea contemplar a Cristo. Piensa que al tener contemplación perfecta, si el Señor se la ha dado, el alma querría quedarse siempre allí- cosa que no es posible-. El hecho, que es ordinario a decir de Teresa, es que el entendimiento queda bastante más inhabilitado para la meditación. Como ya halló al Señor, se ha acostumbrado el alma a buscarle con la voluntad sin el entendimiento, suponiendo a la voluntad ya encendida, y a veces es así. Y no hace mal, aclara Teresa, pero será imposible- aclara- hasta que llegue a las últimas moradas, y «perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayuda del entendimiento para encender la voluntad»⁴⁷.

Y notad hermanas, este punto, que es importante, y así le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá, aunque quiera, porque aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro padre Elías? No, por cierto, ni es bien esperar milagros; el Señor los hace cuando es servicio por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante, mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí que hasta que muramos – por subida oración que haya- es menester esto⁴⁸. [...] Así que, cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere su Majestad –como lo hacía la esposa en los Cantares – y que preguntemos a las criaturas quién las hizo – como dice san Agustín creo que en sus *Meditaciones* o *Confesiones*-, y no nos estemos bobos perdiendo tiempo

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ 6M, II, 7, 530.

⁴⁷ 6M, VII, 7, 549.

⁴⁸ 6M, VII, 8, 550.

por esperar lo que una vez se nos dio, que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año y aún en muchos; Su Majestad sabe el porqué; nosotras no hemos de querer saberlo ni hay para qué. Pues sabemos el camino como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos; en esto andemos muy diligentes y en pensar su vida y muerte y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere⁴⁹.

También con sencillez, con humildad, con abandono y total sinceridad y entrega desde el corazón, ha de proseguir el crecimiento en la oración. Explica aquí santa Teresa la diferencia entre discurrir con el entendimiento al meditar, que es lo que, entrando en contemplación, ordinariamente el alma no podrá hacer, y traer o «representar a la memoria o al entendimiento verdades», detenerse en los misterios, y traerlos presentes, especialmente cuando los celebra la Iglesia, que es otra cosa, pues «ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a nuestro Señor». Prosigue explicando de qué manera se da aquí el recuerdo de Dios, diciendo que

entiende el alma estos misterios por manera más perfecta, y es que lo representa el entendimiento y estámpanse en la memoria de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta para no sólo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena, luego acude la voluntad- aunque no sea con ternura- a desear servir en algo tan gran merced y a desear padecer algo por quien tanto padeció y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión y esto le hace parecer que no puede pensar en ella⁵⁰.

Dos elementos llaman la atención aquí como específicos de la oración que ahora Teresa describe: es la memoria, recuerdo del alma y del corazón, aquella que ejercita el entendimiento en el amor y provoca en la voluntad los santos deseos de oblación y entrega, que a su vez mantendrán ocupados ambos, entendimiento y memoria, al fijar los ojos del alma, con «una sencilla vista» -y este es el segundo elemento-, en Aquel que ha padecido por nosotros, que nos ha redimido, que nos ha creado por amor, que ha tomado nuestra naturaleza en la encarnación, etc. «Tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien, lo que

⁴⁹ 6M, VII, 9, 550.

⁵⁰ 6M, VII, 11, 550-551.

sería si mucho trabajase en el discurrir [...] y tengo para mí que no podrá [esto: discurrir] quien ha llegado a más»⁵¹.

Conclusión

En todo lugar, morada tras morada, aparecen como pasillos para adentrarse en las estancias cada vez más internas y bellas de este Castillo Interior descrito por Teresa, estas dos grandes virtudes, columnas fundamentales del edificio de toda santidad: la humildad y el amor de caridad. Al detenernos a analizar la quinta y la sexta moradas desde esta perspectiva, hemos podido acercarnos con detalle a las manifestaciones pequeñas, tantas veces escondidas, de ambas virtudes en la vida diaria, y al gran amor a Dios y a la salvación de las almas, que por dentro, imperceptibles también posiblemente a la mirada de la mayoría, crecen como un fuego ardiente que difícilmente puede apagarse, sobre todo a partir de las sextas moradas. Por dentro, pues, las grandezas que Dios opera. Por fuera, la pequeñez, la sencillez, el servicio. Volviendo los ojos a María Santísima, este esquema nos recuerda la oración del Magnificat que brotó de su corazón uno de los primeros días de su embarazo: «Mi alma glorifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava...»⁵².

Y hasta aquí, según Teresa, lo esencial que el alma —con quienes la acompañan— pueden hacer por ella en estas postreras moradas que preparan la unión transformante o matrimonio espiritual de las séptimas moradas. El resto, oculto a los ojos de la mayoría, y muchas veces también al alma misma, es obra del Espíritu Santo, quien todo lo opera en ella para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

⁵¹ 6M, VII, 12, 551.

⁵² Lc 1, 46-48.